

Ese otro mundo

Hay muchas formas de colocarse ante el mundo como artista y muchas maneras de interpretar lo que sucede a nuestro alrededor. Existen multitud de sensibilidades que filtran las alegrías o los desastres cotidianos y aun más subjetividades para interpretar tanto los acontecimientos como los filtros a través de los que éstos nos llegan. Pero resumiendo en grado extremo, podríamos decir que en este inicio de milenio detectamos dos grandes tipos de artistas que, a su vez, ejemplifican dos tipos de actitudes tanto frente a la creación como frente a la realidad. Por un lado distinguimos claramente a todas aquellas facetas del arte vinculadas a lo ficcional, a la virtualidad, al escapismo, a los fuegos de artificio y a los efectos de todo tipo relacionados con la cultura del entretenimiento con raigambre hedonista y pop. Y por otro lado, están quienes optan por las estrategias documentales, por aquellas facetas del trabajo que dan fe y cuenta de la realidad y de lo que en ella acontece. Este documentalismo, realismo social, activismo y vinculación con cierto tipo de posiciones agitadoras y/o mediáticas responde a una actitud politizada que confía en el poder del arte para denunciar, evidenciar, de-construir y relatar las múltiples caras y ramificaciones del poder o de la opresión.

Obviamente estos dos grandes grupos no son compartimentos estancos y esta descripción radical y esquemática que acabamos de ofrecer oculta una gran diversidad, heterogeneidad y mezcla de posiciones. Por supuesto que la brevedad de esta descripción esquemática permite tener una amplia perspectiva de las líneas de fuerza características de la contemporaneidad; pero también es verdad que una vez detectada esta generalidad es preciso matizar y enfocar con mayor precisión esos dos grandes mundos. También, no hemos de olvidarlo, que aun dentro de una de estas dos facetas, hay múltiples maneras de formalizar el trabajo, desde la denuncia más plana o el discurso más coherente con un tipo de catecismo ortodoxo y de corrección política, hasta aquellas formas más complicadas que aúnan una visión un tanto poética de la realidad con la claridad brutal de algunos de estos aspectos.

Carmen Chacón se nos antoja que pertenece a este segundo grupo. No quiere contemplar el mundo, sino convocarlo en sus formas y hacerlo evidente en sus múltiples y a veces contradictorias maneras. Preocupada por la ecología en todas sus manifestaciones, desde el paisaje a la convivencia igualitaria entre géneros, no deja de ahondar en una visión holística y humanista de la existencia.

La modernidad y los Grandes relatos deudores de la Revolución francesa y la ilustración nos dejaron varios mitos como el del

progreso, el de la autonomía y emancipación de la humanidad, la redención del trabajo por las máquinas, la identidad fuerte, y un largo etcétera. Pero Hiroshima y Nagasaki, los desastres de los vertidos de los petroleros, Chernobil, los campos de concentración nazis, las dictaduras sudamericanas sufragadas por la democracia norteamericana, las consecuencias de la descolonización, la explotación de la globalización y las actuaciones del capitalismo salvaje e impaciente que impera desde los años ochenta del pasado siglo dejan un rastro de desconfianza ante esos grandes relatos emancipadores. De hecho, la democracia se ha convertido en un remedo formal, el progreso en un arma peligrosa, la contaminación en un problema en continuo crecimiento y el ser humano quizás en general nunca estuvo tan perdido y tan medicalizado.

Las construcciones fantásticas de la antigua filosofía o teología eran, sin embargo, consoladoras. De hecho, casi nos atrevemos a decir que asistimos a un resurgir de las mismas derivado de la caída del paraguas protector que simbolizaba la modernidad. Ahora, al raso, inanes antes la velocidad de los cambios que nos rebasan sin piedad, inermes ante la secuencia de calamidades y sorprendidos por la inoperancia de todas las promesas salvadoras de la ilustración, descubrimos nuestra fragilidad de una manera meridianamente brutal.

La opción creativa de Carmen Chacón no ve esta realidad que acabamos de describir ni positiva ni negativa. La ve, y en su seno trata de operar para hacernos ver algunos de sus perfiles también a nosotros. No quiere contemplar el mundo con la mirada tranquila y confiada de quien cree en las metáforas del futuro o del progreso. Tampoco quiere ser una agorera alarmista. Ni es quien para regodearse en los aspectos más macabros. Pero tampoco le da tregua a una realidad que se empeña en mostrarnos nuestra fragilidad y vulnerabilidad.

Las imágenes de las dos series que presenta en la exposición que lleva el título Sin ellas, Retornos y Extinción, pueden parecer triviales, silenciosas y contenidas. Pero en el fondo son imágenes desbordantes. Nos inundan con su aparatosa sencillez y consiguen inquietarnos precisamente por ese silencio. En un contexto de griterío mediático y de escándalos planificados para la fugaz vida de animales tecnológicos obsesionados con la novedad, una humilde tela arrugada y rasgada por el uso, o un paisaje brumoso transmiten una desolación mayor que la de cualquier grito. Estas imágenes funcionan como un retrato colectivo, como una presencia inquietante y como un desgarrador y desasosegante mundo real que colisiona tanto con los sueños como con la publicidad.

En parte, este trabajo recopilado en Sin ellas nos trae a la memoria a Miss Monday, una película del director canadiense Benson

Lee del año 1999. En la película el personaje de Roman es un joven y poco reconocido guionista que tiene un grave problema. Tras meses escribiendo ha terminado por darse cuenta de que a su guión le falta garra. Carece de un elemento crucial, un personaje principal femenino con carácter del mundo de las altas finanzas. Roman toma prestado el traje y la cartera de su padre y, disfrazado como un yuppie corporativo, se embarca en una misión consistente en descubrir en el distrito financiero de Londres la versión real de su Miss Monday. De esa guisa el escritor se encuentra de forma brusca con Gloria que se olvida de su bolso, con el teléfono, las llaves de su casa y toda su documentación en el interior del mismo.

Todas las mañanas Gloria se va a trabajar mientras Roman entra en su casa con el fin de documentarse para su personaje principal, siente que tiene que aprender todo sobre Gloria. Sin embargo, lo que comenzó como una exploración inocente del carácter de una persona se convierte en una invasión de su intimidad cuando Gloria regresa a su casa de forma inesperada. Roman se ve obligado a refugiarse en el armario de su habitación y queda provisionalmente prisionero en su casa. A través de una pequeña abertura de la puerta del armario, se van desvelando ante él los secretos más oscuros de Gloria y se da cuenta de que está siendo testigo de algo que su propia imaginación jamás hubiese podido crear. La espléndida mujer enfundada en lujosos trajes, increíbles medias y maneras de exitosa mujer de negocios se revela en carne y hueso. Y la carne que aparece bajo las medias tiene marcas y estrías, su estómago sufre de bulimia y se atiborra de todo tipo de sustancias.

Esa cruda imagen de la espléndida Miss Monday en su intimidad no está rodada con efectos ni piruetas estilísticas, sino con una frontalidad y silencio desacogedor. La frialdad que emana toda la película, aun en la comfortable casa de clase media-alta de la protagonista, es un reflejo de la pérdida de la misma ante un mundo que no sólo es incapaz de controlar sino también de una serie de promesas de felicidad y estabilidad incumplidas. El éxito profesional no es garantía de nada, y menos de estabilidad. Algo nos hemos olvidado -como Gloria, la protagonista femenina de Miss Monday- en la carrera por el éxito, la promoción, el progreso, la economía boyante o el bienestar de la sociedad de consumo. Nos hemos olvidado de nosotros mismos y pagamos un precio por ello.

Anestesiados salimos a trabajar todas las mañanas y volvemos a ellas pasando por el supermercado para colocarnos delante del televisor. La imagen no es halagüeña, pero es nuestra realidad más cruda. Y pocos de nosotros seríamos capaces de reconocer que en realidad esa es una descripción certera. Por eso hemos utilizado desde el inicio del texto la palabra brutal. Porque esta realidad es brutal. Porque Miss Monday es brutal. Y porque el silencio de

las obras de Carmen Chacón es también brutal, descarnado, real. Nos hemos olvidado de nosotros tanto como de lo que nos rodea. Y ese olvido convierte en brutal todo el escenario de nuestra vida.

En un sentido amplio, el arte vinculado a la ecología cuenta con una larga historia, desde el povera al land art, pasando por la performance o el accionismo; pero en el caso de Carmen Chacón estamos hablando de otra cosa. No es sólo una cuestión de poner en valor aspectos propios de la humanidad y de su relación con el entorno, sino también, y sobre todo, de resaltar esos valores por contraposición a aquellas ilusiones con que la publicidad del capitalismo impaciente nos acaricia. Su propuesta pone sobre la mesa la cuestión de la religión en un sentido pleno, en función del significado de la propia etimología latina de la palabra: re-ligare, o sea, volver a unir lo que está separado.

Este tema puede parecer utópico o inocente, pero la cuestión no es la realidad o irrealidad de los sueños de unión y de equilibrio ecológico, sino cómo descubrir los caminos que nos comunican con nuestra vida. Basta encontrar uno de esos caminos, y disponer de la técnica adecuada que permita recorrerlo, para que sea posible al instante el tránsito entre los dos mundos, entre esos dos polos que es necesario volver a unir. Es esa posibilidad, muy presente en las culturas más refinadas como la japonesa o la china, la que hace que ciertos objetos e imágenes lleguen a formar parte de nuestro orbe y de nuestra percepción de la existencia y el entorno físico, económico, social y cultural.

Este sueño, al que metafóricamente nos estamos refiriendo, y que se deriva de la necesidad de re-ligar la existencia y la experiencia de la vida, se inicia en el punto exacto de cierta confusión o desconcierto que hace tambalearse la visión del mundo tal y como la tenemos asumida. Es como si nuestra percepción rodase por unas escaleras, cayendo hacia abajo, y, al levantarse, encontrásemos una puerta que conduce a un jardín. En él, hay un estanque, y entre la confusión del agua remansada, que funciona como un espejo, y el mareo visual producido por la caída rodante por las escaleras, aparece un mundo doble, escindido. Todo es igual a cómo lo estamos describiendo: la percepción del lugar, su acabada belleza nos hace sentir como que el mundo se ilumina ante nuestros ojos. Pero también está la otra parte de ese mismo mundo, igual de hermoso, quizás, pero extrañamente confundido. Como si todo aquello de lo que nos rodeamos acabase huyendo hacia una playa (que es donde parece originarse una parte muy importante del trabajo de Carmen Chacón) donde, haciendo uso de las técnicas de la infografía y el retoque fotográfico digital, ambos mundos se reintegran sin mayores contratiempos en la superficie de la imagen.

Ante la realidad (o sueño, da igual) de la existencia y colisión de estos dos mundos que metafóricamente acabamos de describir reflejados en el agua remansada caben dos posibilidades: que éstos no puedan tocarse ni comprenderse mutuamente, o que exista cierta posibilidad de que sí lo hagan si encontramos el camino correcto. No se trata de que exista una escala de valores que permita la conexión, sino de que exista una forma de representación humana que permita poner en relación ese mundo escindido en dos partes o esas dos esferas del mundo. No se trata de humanizar el entorno (lo que sería una especie de egoísmo hegemónico por parte de la humanidad), sino de comprender el mundo interior del contexto en el que vivimos hasta aprehenderlo de tan forma que uno y otro, interior y exterior se toquen. Encontrar esa vía de contacto convierte a todo lo que nos rodea en nuestro y a todo el contexto en propio. Lo no humano, así, no nos es ajeno.

La historia de la civilización está llena de contradicciones. El hombre es un ser imperfecto por naturaleza, y nuestra tarea civilizatoria habría de consistir, precisamente, en encontrar esa vía de contacto entre nuestro mundo y ese otro que colisiona en la obra de Carmen Chacón (sobre todo en la serie Retornos) con los logros de la humanidad tales como edificios arquitectónicos, configuraciones de diseño, vías de comunicación, todo tipo de vehículos y variadas formas y objetos culturales.

Tal y como ocurría en la mencionada película Miss Monday, tras las medias asoman las piernas humanas y doloridas de un cuerpo sintiente; y de la misma manera, en la fotografías, foto-collages y paisajes imposibles de Carmen Chacón emergen retazos de esa realidad escondida a la que habitualmente no prestamos ninguna atención. El olvido es lo peor para ese otro mundo, o para esa parte del mundo que no acertamos a denominar pero de la que venimos ocupándonos a lo largo de este texto. El olvido desfila por cada una de las imágenes: por esas barcas que se pudren en al orilla, por esas playas sin gente ni gaviotas, por esos cielos reflejados en donde ni hay briznas de vida. Se trata de un olvido semejante a aquel con el que nos hemos castigado y que nos ha desvinculado de nosotros y, por ello, de todo lo que nos rodea. Se trata del mismo olvido que roe y corroe el ser. Se trata, en definitiva, del mismo olvido que nos hace correr en una inútil y acelerada carrera hacia delante y hacia ninguna parte.

La propuesta de Carmen Chacón consiste en hacer confluír los dos mundos o las dos realidades del mismo mundo. Rescata algo de ese olvido y lo coloca en medio de nuestra cotidianeidad. Sin grandes aspavientos ni desmesuras, sencillamente, nos coloca los dos planos para hacernos entresacar conclusiones. No nos permite ejercer más el olvido. El agua, en muchas de estas imágenes, parece retirarse como en una gran marea baja para dejar ante nuestros ojos esa dura realidad y ese otro mundo con el que hemos

de congraciarnos si queremos preservar algo de eso que llamamos humanismo.

Dadas estas premisas, no es de extrañar que los trabajos de Carmen Chacón requieran de nosotros como espectadores y como conciudadanos una determinada actitud que privilegia una suerte de pasión activa en detrimento de una recepción pasiva. Ello supone recuperar para su producción artística un espíritu crítico y político (en el sentido profundo y amplio de una interpelación a los múltiples discursos ideológicos de eso que llamamos polis) en buena medida perdido o al menos anestesiado en algunos sectores de la cultura contemporánea más pendiente de los efectos que de los afectos.

A nadie que mantenga un mínimo de compromiso intelectual y cívico, en efecto, se le escapa esta gran tradición cultural de raigambre crítica en la que al comienzo de este texto habíamos insertado la producción de la artista radicada en su Ferrolterra. En la limpidez de la lectura y factura de sus obras se ocultan arenas movedizas de más densidad conceptual y sensitiva de lo que a primera vista podría semejar. Las dos facetas a las que hemos estado refiriéndonos, y sobre todo a ese otro mundo que parece tenemos olvidado, nos hablan de un horizonte. Y por mucho que luchemos por reconciliar una parte con la otra que se hallan divididas por esa frontera, hemos de reconocer que un horizonte nunca desaparece. Es posible desplazarlo, alejarlo, moverlo junto con nosotros y con quienes caminamos hacia él, como Carmen Chacón hace cuando nos señala ambas dimensiones en su obras de la serie Retornos. Pero al mismo ritmo, el horizonte de separación se mantiene, en la misma medida en que lo desplazamos con la mirada y la comprensión se aleja de nosotros. Para que este horizonte desapareciera habría de volatilizarse toda una época, la nuestra, que es la que dibuja la frontera para la cual fue concebida. Tendría que desaparecer el capitalismo, el consumo, la cultura de masas y un largo etcétera para que el horizonte que separa esta parte de ese otro mundo que señala la artista fuese borrado. Evidentemente no es así, de ahí el empeño de Carmen Chacón en continuar señalando con insistencia ese otro mundo que rezuman sus imágenes.

Manuel Olveira Paz